

Ha muerto Amílcar y con él se ha ido uno de nuestros más claros exponentes de aquel pensamiento que interpelaba a la ciencia desde la acuciante perspectiva social latinoamericana. Ha muerto Amílcar, pero nos deja la utopía de una ciencia puesta al servicio del desarrollo. Nos deja la mirada escéptica frente a la ciencia presuntamente neutral, y su advertencia de que existen políticas "implícitas", como una trama de lo no declarado, de los pesos específicos reales, más allá de lo que expresamente se manifiesta o explícita. Y nos deja su esfuerzo prospectivo: el intento permanente de escudriñar el futuro, no con la actitud inocente de quien trata de adivinar, sino con la voluntad determinada de quien pretende construir un mundo mejor y procura demostrar que es posible, además de necesario.

¿Quién fue Amílcar? ¿Cómo caracterizar su mensaje? No es una tarea sencilla. "La actual confusión de variedades del discurso ha crecido hasta un punto en que resulta realmente difícil clasificar a los autores" dice Clifford Geertz. "¿Qué es Foucault -se pregunta- ¿un historiador, un filósofo, un teórico político? ¿Qué es Thomas Kuhn: un historiador, un filósofo, un historiador del conocimiento?" ¿Quién fue Amílcar?, me pregunto. ¿Un geólogo, un politólogo, un profeta, un inspirador ético? Es difícil escoger un perfil. Era todo ello y, además, un gran amigo. Parafraseando a Geertz puedo decir de él: "Lo innovador es, por definición, difícil de categorizar".

Guardo muchos recuerdos de Amílcar Herrera, pero no puedo elegir uno que sintetice su trayectoria. Como otros latinoamericanos de su generación, era un hombre múltiple, vigoroso, crítico y, a la vez, soñador. En este quinto número, *REDES* quiere rendirle el homenaje de la memoria y de la perdurabilidad de la palabra. En él quiere también homenajear a quienes fueron los integrantes de aquella generación utópica, como Jorge Sábato, Osear Varsavsky o Máximo Halty. El Dossier recoge un trabajo clásico de Amílcar, de principios de los años setenta, muy representativo de su pensamiento, titulado: "Los determinantes sociales de la política científica en América Latina. Política científica explícita y política científica implícita". Complementariamente, Renato Dagnino, Carlos Mallmann, Osear Nudler y Enrique Oteiza recuerdan su trayectoria.

*REDES* contiene, además, en este número, un trabajo de Martin Bell sobre los enfoques de política científica y tecnológica en la década de los noventa, en el que

se comparan viejos modelos y nuevas experiencias. Sandra Brisolla reflexiona sobre las capacidades y patrones tecnológicos, desde la óptica de los países en desarrollo. Andrés Dimitriu es autor de un artículo sobre la universidad, las telecomunicaciones y las redes sociales. Alfonso Buch completa la sección de "Perspectivas" con un trabajo histórico sobre la cuestión de la creación original en los comienzos de la fisiología argentina.

El contenido se completa con el informe de Leonardo Vaccarezza sobre la investigación que llevó a cabo en el sur del Gran Buenos Aires referida al cambio técnico en empresas pequeñas y medianas. Contiene también un debate acerca del "optimismo" o "pesimismo" tecnológico, presentado por Ernesto Villanueva y con las opiniones de Augusto Pérez Lindo y Héctor Schmucler.

Con este número llegamos a finales de 1995. *REDES* se consolida en el marco de las publicaciones latinoamericanas. Nuestra revista es cada vez más conocida y solicitada, gracias al entusiasmo proselitista de numerosos amigos. Sabemos, sin embargo, que los problemas de distribución fuera de la Argentina quedan como una asignatura pendiente que nos comprometemos a resolver en el futuro inmediato.

Este año fue de duro trabajo en el CEI, pero ha rendido frutos. No solamente concretamos las jornadas de estudios sociales de la ciencia, sino que además se nos encomendó la coordinación de la Red de Indicadores en Ciencia y Tecnología (RICYT), del Programa CYTED. En relación con este mismo tema, el Rector recibió la propuesta de crear en el CEI una "Cátedra UNESCO" sobre indicadores de CyT, lo cual se concretará en los próximos meses. El año cierra con la creación, por parte del Consejo Superior de la Universidad, de la Maestría en Ciencia, Tecnología y Sociedad, cuyo dictado comenzará en el segundo semestre de 1996 y contará con la posibilidad de cursar créditos en otras universidades iberoamericanas.

El año próximo aparece en el horizonte con la perspectiva de nuevas actividades y renovados encuentros, *REDES* prepara un número sobre la política tecnológica y otro sobre la divulgación de la ciencia y la tecnología. El CONICIT de Venezuela nos anuncia que ha resuelto organizar, hacia mediados de año, las "Segundas Jornadas Latinoamericanas de Estudios Sociales de la Ciencia". Por su parte, COLCIENCIAS, juntamente con la RICYT, organiza un taller internacional sobre la problemática de los indicadores en la región.

Algo se está moviendo en el campo de la política científica y tecnológica en estas latitudes. No me atrevería a decir si se trata de la expresión de nuevas políticas o, apenas, de la percepción de la necesidad de cambios por parte de ciertos actores. En cualquier caso, es el momento de actuar en el sentido de estrechar los vínculos, fortificar las redes y llenarnos del espíritu emprendedor de quienes, como Amílcar Herrera, asumieron la tarea de vincular la ciencia y la sociedad como un desafío al que vale la pena consagrar los mejores esfuerzos. •

*Mario Albornoz*